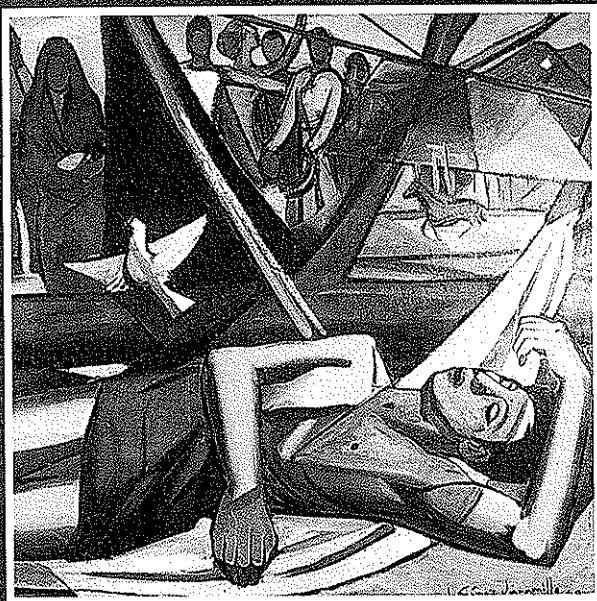


# COLOMBIA: Violencia, democracia y derechos humanos



Cubierta  
Ignacio Gómez Jaramillo  
*Colombia llora un estudiante* (detalle) 1958  
Tamaño 100 x 150 cm. Óleo sobre tela.  
Colección particular Bogotá.

La figura del filósofo en nuestro tiempo parece haber perdido su función polémica, sanamente estorbosa, en medio de sociedades cada vez más problemáticas. Apariencia que aligera la conciencia del hombre público y que este libro de **Estanislao Zuleta** refuta desde su origen, es decir, desde su vida misma, comprometida con los tres temas fundamentales de este libro: la democracia, la violencia y los derechos humanos. No sólo un crítico, como solemos encontrarlos hoy en abundancia, sino un hombre de acción —cuando la palabra ya es acción— es el Zuleta que se nos revela a través de los diversos artículos, ensayos y charlas que integran este volumen de la colección de Ensayo de Altamir Ediciones. Estudios surgidos en el contexto de sus luchas por la reivindicación de los derechos humanos y de la cultura de la no violencia; textos que, no por estar dirigidos hacia la solución concreta de los problemas de nuestra nación, han perdido su raigambre filosófica; porque, como lo afirma el propio Zuleta en uno de sus artículos, directos y desprevénidos, al fin y al cabo no es la nación la que impone tal compromiso, sino el hombre mismo, su dolor, su lucha.

Estanislao Zuleta / COLOMBIA: Violencia, democracia y derechos humanos

## Estanislao Zuleta

# COLOMBIA: Violencia, democracia y derechos humanos

Ensayo



Altamir  
ediciones

Es mejor confesar que han dado desde hace años un triste espectáculo, mientras repiten en todas sus tendencias que nos encontramos al borde del abismo, dedican grandes esfuerzos a impulsar o a estorbar aspiraciones de grupos o personas que no se basan ciertamente en diferentes concepciones de la problemática nacional, como se ve en el hecho de que las cartas se barajan permanentemente de modo que los adversarios de ayer resultan los aliados de hoy, y no porque hayan superado hondas diferencias ideológicas que nunca hubo, sino porque han llegado a acuerdos sobre la distribución de posiciones en el Estado.

No son necesarios complejos análisis sociológicos para comprender que estas tendencias de nuestros partidos constituyen uno de los factores más importantes de la debilidad del Estado colombiano, y ya hemos visto hasta qué punto tenemos necesidades de un Estado fuerte.

En medio de tantas marchas por la vida, de tantas convocatorias a la reconciliación de nuestros compatriotas, que en realidad anhelan casi unánimemente la paz, hay que recordar a aquellos que tienen actualmente responsabilidades políticas, que estamos todavía a tiempo de emprender una gran política, una política destinada a combatir la injusticia que caracteriza nuestra sociedad, e inspirada en la filosofía de los derechos humanos: respeto por el otro, por su vida, por una vida con dignidad y con esperanzas, lo que significa en nuestro caso prioridad absoluta a la reintegración y recuperación de todos aquellos que nuestra forma de desarrollo económico ha dejado, como se dice, al margen de la realización de sus posibilidades humanas. ¿Es tiempo todavía, de formular una política que entusiasme a nuestra juventud? ¿A la que se sientan llamados a apoyar los trabajadores? ¿Que pueda comprometer y ser iluminada por el esfuerzo que se realiza en nuestras universidades, que recoja y valore el trabajo de nuestros artistas y pensadores? Espero que así sea, pero hay que proponérselo seriamente, sin mezquindad y aceptando las concesiones y los sacrificios que requiere.

## Democracia y participación\*

La democracia es un camino bastante largo y propiamente indefinido. Hay un mínimo de condiciones que se pueden denominar "derechos humanos"; pero el derecho no es más que un mínimo, porque de nada sirven los derechos si no tenemos posibilidades. Si sólo tenemos derechos, eso puede llegar a ser algo muy restringido: ¿que todo el mundo tenga derecho a elegir y a ser elegido, aunque ni siquiera sepa leer? La democracia consiste en algo más, aunque los derechos son importantes.

El derecho fundamental es el derecho a diferir, a ser diferente. Cuando uno no tiene más que el derecho a ser igual, todavía eso no es un derecho.

Pero además de derecho —decía Carlos Marx— es necesaria la posibilidad.

La democracia va en tres direcciones: la una es la posibilidad, la otra es la igualdad, y la otra es la racionalidad.

La igualdad debe ser una búsqueda económica y cultural. Es casi una burla para una población decir que todos los ciudadanos son iguales ante la ley, si no lo son ante la vida. ¿Qué dice la ley? Anatole France dijo en el siglo pasado: "Queda prohibido a ricos y pobres dormir bajo los puentes". Desde luego, sólo les queda prohibido a los pobres, porque los ricos no se van a dormir bajo los puentes. Si no hay igualdad ante la ley se convierte en una burla.

Pero la igualdad ante la vida es algo que es necesario conquistar. Es una tarea; no se decreta: "todos son iguales"; es una búsqueda.

\* En la revista *Foro* N° 6, junio de 1988.

La apertura democrática es la búsqueda de una democracia que no sea una burla para la población. Para ello se necesita una actividad que es la que vamos a promover aquí. La podemos llamar "participación", lo cual es una manera de decir.

Lo anterior significa que la democracia no se decreta, se logra. Si un pueblo no la conquista por su propia lucha, por su actividad, no le va a llegar desde arriba. No hay reformas agrarias que no vengan de una búsqueda de los campesinos, de una organización campesina, de una lucha campesina.

La conquista de la democracia supone la organización del pueblo en muchos niveles. Se puede hacer en los barrios, en una junta de acción comunal, en las comunidades indígenas... Y esta organización es esencial porque es la manera que tiene el pueblo de producir su propia cultura, no sólo de recibirla. Nosotros hablamos mucho de que vamos a dar más educación, a implementar programas de educación a distancia..., pero no se trata solamente de eso. Se trata de la lucha por una reconquista de algo que se perdió hace mucho tiempo, digamos desde la Edad Media. Hace mucho tiempo que el pueblo dejó de crear cultura. Nosotros ya no tenemos un folklor. Lo hubo en la Edad Media cuando el pueblo creaba verdaderas maravillas culturales: el cancionero español, los cuentos de hadas, las catedrales góticas. El era creador de la cultura.

Para que pueda ser el pueblo creador de la cultura es necesario que tenga una vida común. Cuando se dispersa, se atomiza, cuando cada uno vive su miseria en su propio rincón, sin colaboración, sin una empresa y sin un trabajo común, entonces pierde la posibilidad de crear cultura. Ahora puede que la reciba por medio del transistor, de la televisión o por cualquier otro medio, pero como *consumidor*, no como creador.

Es necesario que el pueblo vuelva a crear cultura. Esto es esencial en una definición moderna de la democracia. Ahora ni crea ni recibe, y no estaría mal que por lo menos recibiera, pero no es suficiente.

Tenemos que plantearnos metas altas. Una meta muy interesante es la de un pueblo creador. Esto no se mide por las estadísticas. Las estadísticas nos informan porcentajes acerca

de la población que sabe leer y escribir, de la que ha terminado la escuela primaria o el bachillerato, pero eso no es todavía una cultura.

La cultura hay que hacerla. Más aún, las estadísticas nos engañan. Es mucho más culto un campesino analfabeto que sepa narrar, contar una cacería, hacer una canoa, hacer una casa de habitación con un estilo propio, que uno de esos bachilleres que estamos fabricando, pero en las estadísticas aparecen como bachilleres. Es más culto un pueblo que produzca algo, que tenga un estilo, que tenga una manera de vivir. Pero para eso tiene que organizarse.

El pueblo disperso, las masas impotentes, cada cual — como he dicho— refugiado en el rincón de su pequeña miseria sin más relaciones que de linderos, de celos, es un pueblo que no produce nada. Es necesario que el pueblo se organice en comunidades de barrios, de campesinos, es decir, comunidades de cualquier tipo, porque mientras esté disperso está perdido; está perdido no solamente porque hay tanta miseria —eso también es muy grave— sino porque no tiene cultura y creatividad propias.

Marx decía —y discúlpenme que lo vuelva a citar, pero es muy interesante— que en el proceso de desarrollo capitalista el trabajador había perdido la inteligencia del proceso, lo cual quiere decir que el hombre que trabaja, que vende una fuerza de trabajo durante ocho horas diarias por un salario, ni siquiera sabe lo que está haciendo. No sabe qué es lo que hace, tampoco para qué se hace ni por qué se hace. En otros términos, no dirige el proceso, ni siquiera lo entiende.

Hubo una época en que estaba muy cerca el artesano del arte. Ni siquiera había una posibilidad de diferenciarlos bien. No se distinguía bien un artista de un artesano que hacía un par de zapatos, un violín, un cuadro y que sabía cómo hacerlo, como un artista. A ese período artesanal ya no podemos volver. El pueblo ya no puede apropiarse de la inteligencia del proceso individualmente, sino por medio de la colaboración de la comunidad.

Lo que nosotros llamamos una apertura democrática es una búsqueda de una nueva comunidad, de un pueblo que



exija, que piense, que reclame, que produzca. Ahora bien, esa comunidad está igualmente en función de la racionalidad. Quiero poner en primer plano el tema de la racionalidad, porque es necesaria para que pueda haber democracia.

La racionalidad surgió hace mucho en la democracia griega, pero no como dice el Evangelio de San Lucas: "La verdad os hará libres". Surgió al revés: es la libertad la que vuelve a la gente verdadera porque la obliga a discutir.

Voy a definir muy rápidamente el concepto de racionalidad, apoyándome en uno de los más grandes racionalistas que haya tenido la historia humana: Kant. El definió la racionalidad diciendo que consistía esencialmente en tres principios:

1. Pensar por sí mismo.
2. Pensar en el lugar del otro.
3. Ser consecuente.

Pensar por sí mismo no quiere decir —no nos equivoquemos en esto— ningún prurito de originalidad. Uno piensa por sí mismo cuando lo que piensa, uno mismo lo puede argumentar y, si le va muy bien, demostrar.

Cuando yo digo que los tres ángulos de un triángulo suman dos rectos, y lo puedo demostrar en el tablero, yo pienso por mí mismo, aunque eso ya lo sabía Euclides desde hace 2.500 años. Pensar por sí mismo quiere decir que el pensamiento no es delegable; no es delegable en un Papa ni en un partido; ni en un líder carismático; ni en un comité central; ni en una iglesia, ni en nadie. Lo que uno no piensa por sí mismo, no lo piensa, simplemente lo repite.

Los griegos tuvieron una ventaja muy notable sobre otros pueblos de la antigüedad, que fue la de no contar con un texto sagrado, en relación con el cual uno pudiera resultar hereje. No tenían los perniciosos auxilios del Espíritu Santo, ni la Biblia, ni el Corán, ni nada por el estilo; entonces era posible cualquier cosa, fuera Heráclito o Parménides, o pensar lo contrario de Heráclito. Y eso los obligó a crear la lógica y a formular los términos de ella. Los obligó a ser racionalistas.

El pensamiento racional se caracteriza porque tiene un rasgo democrático esencial, rasgo que nos va a ayudar a definir

las dos cosas: la racionalidad por la democracia y la democracia por la racionalidad. Porque cuando alguien habla como un lógico o como un científico, le habla a un igual; pero no habla nunca un científico de arriba-abajo. El discurso racional es un discurso que nos pide permiso: "permítanme una hipótesis". El pensamiento racional es una clave de la democracia.

El principio "pensar por sí mismo" tiene como su equivalente inmediato dejar que el otro piense también por sí mismo; ni de arriba-abajo, ni de abajo-arriba. De abajo-arriba se suplica, se solicita, se pide, a lo mejor se obedece, pero no se demuestra. Se demuestra sólo entre iguales.

Por eso también fundaron los griegos una ética tan extraordinariamente fuerte, que es la ética que corresponde a la racionalidad: una ética horizontal, es decir, entre iguales. Los grandes valores eran la amistad, la hospitalidad, la reciprocidad. No la caridad —de arriba-abajo—, ni la abnegación —de abajo-arriba—, ni la paciencia, ni la humildad.

Si nosotros vamos a luchar por un mundo democrático tenemos que aprender una ética democrática, que desde luego consta de valores horizontales entre iguales.

El segundo principio kantiano de la racionalidad es "pensar en el lugar del otro". El movimiento que se dirige hacia allá, a pensar en el lugar del otro, a reconocer que el otro puede tener la razón, a hacer el esfuerzo de ver hasta qué punto se puede aprender de él, es un movimiento que va contra toda discriminación. En primer lugar, contra todo racismo, uno se va a poner en lugar del otro. Y si el otro está muy lejos de nosotros, si está en una tribu por ejemplo, ¿qué hacemos para ponernos en su lugar? Tenemos que respetar su punto de vista, tenemos que saber que nuestro punto de vista no es el único, que hay otros puntos de vista en los cuales a lo mejor se pueden entender cosas que desde el nuestro no logramos entender. Pensar en el lugar del otro es dar ese paso, no creer que tenemos nosotros el centro de la razón y la totalidad de la verdad.

Ese es el segundo movimiento de la racionalidad y es también un movimiento en dirección a la democracia.

El tercero es muy difícil de llevar a cabo: "ser consecuen-

te". No se trata de ser terco. Quiere decir que si nosotros tenemos una tesis cualquiera, y las consecuencias necesarias de esa tesis resultan ser contradictorias o absurdas, debemos abandonarlas si queremos ser consecuentes con la lógica. Y esto es muy distinto de ser terco.

Tener, por tanto, en la vida una gran disponibilidad a cambiar es la última exigencia de la racionalidad. A cambiar los puntos de vista si se demuestra que lo que estábamos sosteniendo eran disparates y nosotros mismos lo vemos. En una carta muy famosa que Platón mandó desde Sicilia a los amigos de Dión, decía entre otras cosas que la ventaja de tener una posición filosófica es que en ésta ocurre algo muy distinto de lo que ocurre en el comercio, porque cuando uno hace una discusión, y la hace racionalmente, allí el que pierde gana, porque tenía un error y encontró una verdad; lo que quiere decir que el que gana pierde porque simplemente él sostuvo su verdad.

Esa actitud abierta a la racionalidad es necesaria para definir los términos del compromiso de la democracia. El camino de la democracia pasa por la racionalidad, se define en términos de racionalidad. Pero no sólo en esos términos, sino también en términos de la igualdad de posibilidades.

Es necesario desarrollar una idea clara de la democracia.

Es bueno decretarla, pero no es suficiente.

A los pueblos, como a los individuos, no se les puede juzgar por lo que digan de sí mismos, sino por lo que hacen. Un individuo puede declarar que él es un genio incomprendido al que sin embargo todo el mundo toma por bobo; pero no se le puede aceptar por el solo hecho de que lo declare, pues tendría que hacer cosas geniales. Lo mismo pasa con los países: no es por lo que declaren en la carta constitucional por lo que se les puede juzgar sino por las relaciones sociales, la manera como vive la gente; una sociedad vale tanto como las relaciones que tienen los hombres unos con otros y no tanto por lo que diga algún decreto, algún papel, así sea la constitución.

La idea de una apertura democrática es un concepto de la sociedad. Nosotros hemos dicho "participativa", por decir algo. Que la gente pueda opinar no es suficiente, que pueda

actuar es necesario, y que pueda actuar en aquello que le interesa, en su comunidad, en su barrio, en su municipio. Pero para poder actuar tiene que tener bases, instrumentos culturales y materiales. La creación de un mundo de instrumentos colectivos, es la apertura democrática. ¿Esto se puede llamar "participación"? Sin duda puede llamarse así.

Cuando un gremio actúa en el barrio, por ejemplo en autoconstrucción, desde luego necesita elementos materiales, tiempo, entusiasmo, no tener miedo ni humildad (esta es una virtud poco democrática), necesita tener esperanza (esa sí es una virtud democrática).

Ahora, cuando un pueblo actúa, alcanza mayores éxitos que cualquier programador o racionalizador, y es por eso que el pueblo puede hallar soluciones, en los niveles más elementales de la vida cotidiana, a sus propias necesidades. Cuando el pueblo no participa en la programación, se dan casos como las urbanizaciones populares, que son unos cajoncitos de vivienda que no corresponden a sus necesidades de vida. A los programadores se les olvidó que había niños, que éstos no pueden estar guardados en un cuartico, que necesitan espacios comunes para jugar, para manifestarse, que necesitan tiempo, porque una señora no puede estar con cuatro muchachitos pegados a la bata todo el día en una cocina. Entonces necesitan guarderías y el pueblo va encontrando sus necesidades y la forma de resolverlas. No debe esperar que todo le llegue desde arriba pero sí se requiere un gobierno que por lo menos permita que el pueblo exija, que se organice, que promueva instrumentos colectivos. Todo eso es lo que ahora nosotros podemos definir como una democracia, una democracia restringida pero que busca la participación. ¿La participación en qué, con qué o con quién? ¿Con el gobierno? No; la participación en la transformación de su vida. Y eso no va sin conflicto.

Nosotros tenemos una democracia muy restringida también en el sentido económico, y debemos decirlo claramente. En nuestras ciudades hay una gran cantidad de tierra urbana acumulada por unas pocas familias en espera de valorización, mientras el pueblo no tiene dónde vivir y se instala en invasiones de lagunas y laderas. Esto es lo menos democrático del

mundo. Y ahí hay un conflicto de intereses de clase. No se puede estar con la vivienda popular y al mismo tiempo respetar como si fuera sagrada una propiedad que se tiene sin hacer nada, solamente esperando que se valore la tierra urbana. Para estar con la vivienda popular hay que entrar en conflicto, del mismo modo que para estar con la reforma agraria. En conflicto con quienes han monopolizado la tierra. Eso no se puede evitar ni es bueno callarlo como si no existiera.

Quisiera poner un ejemplo para mostrar la diferencia de intereses. Había un amigo que se llamaba don Luis Ospina, un millonario antioqueño, que por lo demás escribió un libro muy notable de economía. La señora de él llega un día del mercado y le dice: “¡Cómo está de cara la carne, así como vamos no sé a dónde vamos a llegar!”, y le objeta don Luis: “¡Pero cómo se le ocurre preocuparse por eso, si por cada libra de carne que nosotros compramos, vendemos veinte mil!”.

Esa es la inflación: pero es que él sabía de economía y la señora no.

Nosotros no podemos evitar reconocer y asumir los conflictos. Esto implica básicamente una cosa: nosotros estamos del lado de los que tengan más necesidades y menos posibilidades. Sólo así se puede ser demócrata. No es suficiente, aunque es bueno, que la censura no vaya a decirle a nadie “usted no tiene derecho a hablar” o “usted sí tiene derecho a hablar”, o a recortar los periódicos. Para ser demócrata hay que estar del lado de las necesidades, de los que tienen menos posibilidades concretas. Si no, no hay apertura democrática.

Generalmente se dice —es una idea vieja y no es incorrecta, desde luego— que democracia es libertad. Pero libertad es posibilidad. Uno no tiene las libertades porque están escritas en alguna parte, por hacer aquello que la ley no le prohíbe. Es todavía necesaria otra cosa: *que no se lo prohíba la vida*. Puede que la ley no le prohíba a nadie entrar a la universidad, pero sí se lo prohíbe la vida, sí se lo prohíbe la economía, sí se lo prohíben los hechos, de todas maneras no tiene libertad de educarse. La libertad está en el orden de la posibilidad.

¿Qué libertad tiene el campesino que perdió su parcela en

una mala cosecha o en una buena —no se sabe qué es peor—, y le toca irse de tuguriano a buscar una ciudad dónde vivir? Tiene la libertad de ser tuguriano, ¡pero no tiene ninguna otra! Y no es que la Policía le prohíba, o el gobierno, pues él tiene la libertad de ser tuguriano.

No asumamos nunca una *definición negativa* de la libertad: es todo aquello que no nos prohíban. Asumamos una *definición positiva* de la libertad: es aquello que la vida nos permite hacer. Y entonces nos podremos poner a luchar por una apertura democrática que no puede existir sin participación popular. Es en los barrios donde la gente tiene que aprender a hacer sus cooperativas, a hacer sus casas, a tener su organización, a dirigirse por sí misma. Es allí donde se amplía la democracia; si no, no la ampliamos en ninguna parte.